

## Isla Caníbal

—¡Tierra a la vista! ¡Tierra a la vista! ¡Tierra a la vista! —gritó con fuerza desde la cofa del barco Patas de Gorrión, el pirata más escuálido que había cruzado hasta la fecha los siete mares.

La tripulación al completo, nada más escuchar los berridos del consumido vigía, se presentó al instante en cubierta. El único que tardó algo más de la cuenta en llegar fue el pobre Tripa Floja porque la noticia le pilló haciendo uso de la letrina.

El viento de levante soplaba con fuerza alborotando los cabellos largos y sucios de todos los piratas menos, claro, los de Bola de Billar que, como su propio apodo indicaba, no tenía ni un solo pelo de tonto; bueno, ni tampoco de listo.

Del primero al último de aquellos bravos y valientes marineros observaban Isla Caníbal con los ojos muy abiertos y sintiendo escalofríos recorrer sus espaldas.

El silencio era absoluto, casi doloroso. No se escuchaba nada a excepción de las olas golpear el casco del barco, los graznidos rabiosos de un par de gaviotas y las toses poderosas de Mocosó, un

vetusto pirata que se pasaba la mitad del año acatarrado y la otra mitad constipado.

La majestuosa fragata «El Príncipe de los Mares» por fin había llegado a su destino: un trozo de tierra salvaje en medio del océano y, supuestamente, habitada por antropófagos, por caníbales, por seres salvajes, feroces y sanguinarios.

Tan terrible fama tenía el lugar, tan espantosas eran las historias que circulaban acerca de él, que no había ni un solo pirata, bucanero, corsario o filibustero que no tuviese la firme convicción de que quien entraba en aquel trozo de tierra jamás volvía a salir de él con vida.

La silueta de la isla era inconfundible gracias al titánico volcán que se alzaba en el mismo centro y se estiraba hacia los cielos donde nubes perpetuas y oscuras ocultaban su cráter.

—¡Izad las velas! ¡Amarrad el trinquete! ¡Botad el ancla! —ordenó el capitán Barbarrubia con su poderosa voz.

Los marineros obedecieron las órdenes al instante y el barco quedó fondeado en la bahía.

—Muy bien, mis bravos piratas, ha llegado la hora de la verdad, la hora de los valientes, la hora en la que poder demostrar de qué

madera estamos hechos en realidad. Desembarquemos y vayamos a buscar ese maldito tesoro. Porque si es verdad eso que dicen, que no os quepa la menor duda de que cuando lo encontremos, viviremos el resto de nuestras asquerosas vidas tan felices que incluso el más desafortunado problema nos parecerá una solemne mamarrachada — alentó a su tropa Barbarrubia.

Los piratas, del primero al último, lanzaron vítores de satisfacción y alzaron sus espadas entre gritos de rabia. Por desgracia, más de uno se quedó afónico y más de dos se hicieron algún que otro corte.

—Disculpe, mi capitán. ¿Y no cree usted que sería mejor enviar primero a Patas de Gorrión a inspeccionar la isla? —se atrevió a preguntar Ballena Morena, un pirata de cabellos negros como el ébano y que pesaba ya desde por la mañana más de ciento ochenta kilos.

—¿Y por qué tengo que ir yo primero, pedazo de cetáceo? —preguntó muy molesto Patas de Gorrión.

—Porque tienes menos carnes en ese cuerpo enjuto que la calavera de nuestra bandera —respondió el orondo pirata.

—Y menos chicha que la raspa de una sardina —apuntilló Bola de Billar.

—¿Y eso qué más da, so bobos? —volvió a preguntar muy enrabiado el escuchimizado pirata.

—Pues claro que da. No creo que los caníbales se molesten en apresar a alguien como tú. ¿Quién en su sano juicio va a perder tiempo y energías en perseguir a un saco de huesos que no saciaría ni el apetito de una pulga?

—En eso caso lo mejor es que te mandemos a ti, pedazo de rorcual. Así les tendremos entretenidos zampando sin parar todo el año y podremos pasear por la isla tranquilamente hasta encontrar el tesoro del Capitán Calavera. Y, encima, lo mejor de todo, es que si se te zampan, habrá uno menos con el que repartir el botín. Mira, al final, el que estés tan terriblemente gordo puede que nos sea útil y todo.

—Yo al menos valgo para algo. Tú, sin embargo, no sirves ni para contentar a los gusanos.

—Podríamos mandar al calvorota —propuso Mocosó —. Él no corre peligro de que le corten la cabellera.

—¡Pero serás ignorante, cacho de besugo! —le espetó Sabelotodo, un pirata con estudios que se pasaba el día con la nariz metida entre libros —. Los caníbales no cortan las cabelleras, eso lo hacen los pueblos nativos de las Américas del Norte. Si es que estoy rodeado

de cenutrios; claro, como ni fuisteis a la escuela ni tenéis hambre de conocimiento, cada vez que abríis las bocas dejáis más claro que el agua que solo sois unos..

—¡Siiiiileeeencioooooo! —rugió Barbarrubia con la cara colorada—. ¡Por las barbas de Neptuno! ¿Vosotros sois tontos o barréis el desierto? Aquí las decisiones las tomo yo, que para eso soy el capitán. Desembarcaremos todos menos Tripa floja. No quiero tener que estar parándome cada cien metros para que haga sus cositas. Él se quedará vigilando el barco... —de repente, un terrible ronquido interrumpió al capitán—. Bueno, que se quede también Dormilón. Tampoco quiero arrastrar a ese pedazo de vago por toda la isla y arriesgarlos a que sus ronquidos alerten a nuestros enemigos.

Todos los piratas, aunque a regañadientes, acataron la orden y comenzaron a arriar los botes.

Mientras tanto, Patas de Gorrión se acercó a su antagónico amigo, Ballena Morena, y le dijo en voz baja:

— ¿Te has dado cuenta de que cuando nuestro capitán se enfada, entre lo rubio que es y lo colorado que se pone, parece la bandera de España?



